

NOSTALGIA DE LA FLOR

Contemplando el otro día los rotundos cuadros de Rocío Arregui me acordé, no supe al principio muy bien por qué, de Bécquer. En su narración “El ventorrillo de los gatos”, quizá la más topográficamente sevillana de las suyas, nos describe el poeta un paseo a media tarde por el camino que se estira de la puerta de la Macarena hasta el convento de San Jerónimo; un paisaje punteado de huertas de cultivo, humildes casitas blancas como la leche, breves jardincillos arbolados y empalizadas de pitas y zarzamoras de los arrabales de una Sevilla tardorromántica.

Diríamos que el poeta del amor se complace en instalarnos en una naturaleza amable, aún no demasiado violentada por el hombre y decididamente preindustrial. En cierto sentido, ese paseo nos parece hoy la apología del jaramago y la madreSelva y, en definitiva, la celebración de un pintoresquismo de matorral.

Casi siglo y medio después Rocío Arregui, sevillana como Bécquer y como él sensibilizada y alerta por la permanente intromisión de lo urbano en la naturaleza, decide salir de nuevo a pasear por la periferia –y no sólo física-- de la ciudad para ofrecernos estas obras que son su resultado artístico, pero también emocional.

Por cierto, no sé si todos recuerdan que el motivo principal del paseo becqueriano en “El ventorrillo de los gatos” no era otro que el componer un dibujo que reflejara la fisonomía de algún tipo del lugar, en plan ejercicio costumbrista, pues tanto la pintura como la música eran dos aficiones muy queridas del poeta.

Y hablando de costumbrismo, veo en los cuadros, fotodibujos y acuarelas de Arregui una suerte de costumbrismo postmoderno que, como tal, no renuncia a su carácter de documento con su consecuente derrame crítico. El florido pensil de antaño, parecen decirnos sus obras, ha quedado reducido a una flor aislada que en su soledad denuncia la barbarie.

Lo que en Bécquer era abundancia y delicia en Arregui es escasez y agonía. Flores de ciudad, flores agónicas que insisten tercas en crecer para castigarnos con el recuerdo de su progresivo exterminio. Cristalizadas al modo de un fitólogo o botánico que percibe su irremediable alienación, expulsadas de su hábitat, sustraídas de su medio natural, desde su frágil belleza, nos escupen a la cara la fealdad de periferia de nuestra civilización urbana, donde un hombre con flores en la mano (compradas, que nunca cortadas) es un auténtico *suceso*.

Flores, en fin, en el fondo muy amargas porque nos recuerdan el paraíso perdido, aquel que en la ciudad hemos perdido sin remedio para siempre.

Francisco L. González-Camaño
Sevilla, 2006